

ORIGEN, EVOLUCIÓN Y ESTADO ACTUAL DEL ACTIVISMO DIGITAL Y SU COMPROMISO SOCIAL. CIBERACTIVISMO, HACKTIVISMO Y SLACKTIVISMO

ORIGIN, EVOLUTION AND CURRENT STATUS OF DIGITAL ACTIVISM AND ITS SOCIAL COMMITMENT. CIBERACTIVISM, HACKTIVISM AND SLACKTIVISM

GARCÍA-ESTÉVEZ, Noelia
(Universidad de Sevilla)
noeliagarcia@us.es

Resumen: Este trabajo estudia la cuestión de la participación digital de los ciudadanos en los asuntos públicos y su capacidad de perturbar el poder establecido. Realizamos una aproximación teórica y conceptual de las bases del activismo digital, o tecnoactivismo, analizando su origen y evolución así como categorizando sus diversas modalidades. Los nuevos medios y redes sociales pueden ser una forma eficaz de empoderamiento ciudadano, si bien la implicación del usuario así como la naturaleza de su acción nos muestra un amplio paisaje de corrientes activistas más o menos empoderadas e influyentes. Ciberactivismo, hacktivismo, slacktivismo y clicktivismo serán algunos de los conceptos que desmenuzaremos para entender el actual panorama social.

Palabras clave: Activismo digital, ciberactivismo, hacktivismo, slacktivismo, internet.

Abstract: *This paper examines the issue of citizens' digital participation in public affairs and their ability to disrupt established power. We make a theoretical and conceptual approach to the bases of digital activism, or technoactivism, analyzing its origin and evolution as well as categorizing its various modalities. New media and social networks can be an effective form of citizen empowerment, although the involvement of the user as well as the nature of their action shows a broad landscape of more or less empowered and influential activist currents. Cyberactivism, hacktivism, slacktivism and clicktivism will be some of the concepts that we will examine to understand the current social panorama.*

Key Words: *Digital Activism, cyber-activism, hacktivism, slacktivism, internet.*

1. Introducción

El desarrollo tecnológico así como el avance de internet han marcado un punto de inflexión en el propio devenir ciudadano y sus dinámicas de actuación. Vivimos en una era tecnológica donde tiene lugar una revolución digital capaz de modificar conceptos y actitudes. De hecho, nuestra sociedad ha experimentado un importante giro en el propio desarrollo de la ciudadanía, sus hábitos, costumbres y maneras de proceder. La inclusión de una esfera digital predominante y el imparable desarrollo tecnológico han propiciado un nuevo contexto en el que es preciso reformular las significaciones tradicionales, los imaginarios sociales y las actividades cívicas.

La red se ha convertido en una herramienta y espacio fundamentales para el propio devenir social y político. Para el ciudadano de la era 2.0 internet le servirá, por un lado, como una excelente y amplia fuente de información necesaria para conocer su entorno y gestar su propia opinión y, por otro, como espacio interactivo, colaborativo y participativo donde poner en común las ideas para que estas se nutran mutuamente. A través de una estructura de red distribuida, la web social propicia la participación libre y no jerarquizada de sus usuarios. La web 2.0 ha creado un espacio de comunicación y participación ciudadana en el que se puede fomentar la cooperación y ayuda mutua. Este aspecto de los social media hace que sea posible vincular la instauración de internet con el fortalecimiento de la sociedad civil y la conciencia democrática.

Los ciudadanos en internet están tomando conciencia de que pueden participar. No obstante, para hacer real la anterior afirmación es preciso la culminación de una alfabetización tecnológica y digital que le otorgue las competencias necesarias a la ciudadanía para que esta sea capaz de superar una fase negativa y pasiva hacia otra positiva y activa. La alfabetización digital requiere mucho más que saber utilizar las distintas aplicaciones informáticas. Estas destrezas, aunque necesarias, no son suficientes. Hay que ir más allá de la simple alfabetización informática. Se trata de asimilar el uso de las TIC como base fundamental para el desarrollo y práctica de las competencias ciudadanas. Por eso, entendemos la alfabetización digital desde un sentido amplio y complejo.

Hoy día nada es igual que antes de la llegada de internet. Para Candón Mena (2011) existen seis movimientos nacidos como consecuencia de esta irrupción tecnológica con implicaciones comunicativas y sociales: la defensa de la red como bien público, la defensa de la privacidad, la libertad de expresión en la red, la propiedad intelectual, la cultura libre y el software libre y, por último, los movimientos sociotecnológicos (p. 341). Estos movimientos se entremezclan, confluyen y se integran en la realidad social.

2. Metodología

El desarrollo de internet, la web social y los dispositivos tecnológicos, especialmente los móviles, han transformado el panorama actual. Nacen nuevas formas de protesta, resistencia y subversión que han modificado la morfología del poder y ejercen una influencia crucial en el desarrollo político y social. Esta investigación tiene como principal objetivo describir el origen y las características de estos movimientos sociales y acciones políticas colectivas con componente digital así como averiguar su estado actual y evolución futura. Para ello se hace imprescindible estudiar el nuevo contexto social y las características de la ciudadanía en la esfera digital. Posteriormente analizamos y esbozamos una categorización de las diversas modalidades de activismo digital a partir de una serie de variables: el nivel de compromiso del ciudadano, las destrezas necesarias para su aplicación, la naturaleza lícita de la acción y el nivel de impacto y transformación de los resultados activistas.

Dada la naturaleza compleja de nuestra temática hemos optado por la utilización de una combinación metodológica cualitativa a través del desarrollo de un método empírico-analítico, que

nos permita descomponer el problema propuesto como objeto de estudio en sus aspectos más básicos y fundamentales, lo cual nos posibilita aplicar métodos experimentales. Examinar nuestro objeto de estudio así como las diversas modalidades del mismo a través de un cuadro analítico que tenga en cuenta el objetivo, el origen, la evolución, las características, tipología y situación actual del movimiento en cuestión.

En cuanto a la estructura del proceso investigador, hemos tenido en cuenta el método hipotético-deductivo, pues partimos de la observación para posteriormente plantear las hipótesis que habrán de ser verificadas. No olvidemos que abordamos el estudio de un fenómeno coetáneo, extraordinariamente cambiante y de difícil delimitación, por lo que nos hemos decantado por una postura abierta conscientes de que nuestro objeto de estudio está en continua relación con la dinámica de cambio en tiempo y espacio.

3. La sociedad digital: nuevos escenarios ciudadanos.

Gran parte de la ciudadanía percibe con desconfianza los organismos de poder político, económico y social. La sociedad muestra su preocupación por el cambio climático, la inestabilidad económica y el terrorismo yihadista de ISIS (Pew Research Center, 2015). A la conocida generación millennial le inquieta también el cambio climático junto con la corrupción y la falta de oportunidades (Global Shapers Community, 2017). Sin embargo, la ciudadanía no parece hallar en las instituciones políticas ni sociales las respuestas a estas preocupaciones. Ello se traduce en una desconfianza como “una respuesta colectiva que los y las ciudadanas vierten en forma de actitudes y prácticas de disconformidad, insatisfacción, lejanía, rechazo o descontento, bien hacia el propio sistema político o bien hacia su funcionamiento” (Bergantiños, 2013). La desconfianza al poder no es un fenómeno nuevo, es más, se da desde los orígenes de la democracia y el republicanismo. Ya Gamson estableció en 1968 la secuencia básica de este proceso: descontento con los gobiernos de turno, desconfianza hacia las instituciones políticas, alienación respecto al sistema político. No debemos entender que este estado de apatía necesariamente acarree indiferencia o pasividad, pues en muchos casos ha derivado en formas de desconfianza creativa “que tratan de articular respuestas alternativas, creativas y profundamente democráticas” (Bergantiños, 2013).

Esta desconfianza política en ocasiones se traduce en una desconfianza creativa capaz de movilizar a los individuos y de llevar a cabo acciones concretas. Especialmente en el caso de las nuevas generaciones, crecidas en condiciones sociales muy distintas, se cuestionan formas de organización social y política que las generaciones anteriores aceptaban como naturales⁵⁴. Hablaremos en este punto de dos conceptos clave que, aunque muchas veces van de la mano, no son estrictamente lo mismo: la participación ciudadana y las iniciativas ciudadanas. La participación ciudadana se entiende como la intervención de los ciudadanos en la esfera pública y se vehicula a través de un conjunto de mecanismos para que la población acceda a las decisiones del gobierno de manera independiente sin necesidad de formar parte de la administración pública o de un partido político. No podemos entender el auge de la participación ciudadana sin asumir la crítica que se ha formulado a un concepto clave del funcionamiento de la democracia contemporánea: la representación. Dice Merino (2016) que básicamente la participación ciudadana intenta corregir los defectos de la representación política que supone la democracia, influyendo en las decisiones de quienes les representan y asegurando que esas decisiones realmente obedezcan a las demandas, las carencias y las expectativas de los distintos grupos que integran una nación.

⁵⁴Un interesante artículo de Paramio de finales del siglo pasado analiza los cambios sociales y la desconfianza política de finales de los ochenta y noventa y argumenta, del mismo modo que nosotros, que las nuevas generaciones (la generación del baby boom en su caso) tomaron un papel fundamental en el proceso: “La distancia cultural de la generación del baby boom respecto a las instituciones heredadas precedía al estallido de la cuestión racial o a la división sobre la guerra de Vietnam, y de hecho es esa distancia cultural la que explica que surgiera el movimiento por los derechos civiles, y posteriormente el feminismo de los años 60” (Paramio, 1999).

Según Pindado (2010) encontramos cuatro perspectivas políticas en relación a la participación ciudadana: la “no hace falta”, pues la gente ya votó en las urnas; la corporativista, basada únicamente en asociaciones y en los intereses de sus asociados; la pseudoradical, basada en la asamblea y la creación de estructuras paralelas que, aunque supuestamente democráticas, carecen de un mínimo control popular; y la de calidad democrática, aún incipiente, que pretende desarrollar canales, espacios y procesos de debate e implicación ciudadana en los asuntos públicos favoreciendo la iniciativa ciudadana para que directamente pueda ejercer de motor de la agenda política. De algún modo podemos entender estas últimas con aquellas formas de participación ciudadana de iniciativa individual, frente a aquellas promovidas por las instituciones (participación electoral o los mecanismos de participación democrática directa) o basadas en las organizaciones (afiliación, donación, militancia...).

Las iniciativas ciudadanas son un modo específico de participación ciudadana cuyos mecanismos son más informales, de naturaleza colectiva y auto-organizados. El Vivero de Iniciativas Ciudadanas (2012, 21 noviembre) las define como procesos de práctica ciudadana que modifican de forma resiliente y adaptativa el entorno urbano, promueven la innovación social y trabajan por el empoderamiento urbano de la ciudadanía. Gran parte de estas iniciativas populares o ciudadanas están estrechamente ligadas a las tecnologías de la información y la comunicación, así como a internet y las comunidades online. Y es que el contexto en red crea nuevos entornos intelectuales y simbólicos desarrollando un nuevo paisaje de opciones que amplía el contexto cultural, político, económico y social. Internet se presenta entonces como un elemento crucial, un nuevo escenario social donde la Web ofrece el acceso a información amplia e instantánea, la participación libre y no jerarquizada de sus usuarios, el fomento del diálogo, la colaboración y cooperación. Para Bustamante, el propio concepto de ciudadano debe evolucionar en paralelo con el desarrollo de las realidades técnicas y científicas (2007):

Si la información es poder, las tecnologías telemáticas, de las que Internet es paradigma actual, los movimientos de apropiación social de la tecnología – incluyendo las apuestas por el software y el conocimiento libre -- las tecnologías orientadas al bienestar social y la convergencia de la nanotecnología, la bioingeniería, la informática y las ciencias cognitivas, pueden ser una poderosísima infraestructura de liberación para el hombre y de transformación de la sociedad.

Está claro que el ciudadano de hoy exige una mayor capacidad de acción y participación, en pro de la libertad y el espíritu democrático. Varios son los aspectos que hemos de analizar para entender los requisitos y exigencias de la nueva sociedad. En primer lugar nos encontramos con el imperativo digital, integrado hoy día en el ser humano donde ya no tiene sentido hablar de vida online y offline como dos esferas paralelas e independiente de la persona. La ciudadanía digital no se limita, ni se puede limitar, a votar o pagar los impuestos desde el hogar (Sampedro, 2014: 26). Las tecnologías digitales, más allá de facilitarnos la vida, otorgan al individuo la capacidad de participar potenciando “las propias capacidades individuales, alterando el equilibrio de poder entre los sectores organizados y no organizados de la sociedad” (Bustamante, 2007).

Internet ha creado un entorno de comunicación y colaboración donde se desarrollan formas de interacción social basadas en estructuras descentralizadas y antijerárquicas (Riechman y Fernández Buey, 1995) a partir de intereses y preocupaciones compartidas por una serie de personas. La red, definida como un sistema abierto y en construcción permanente, “involucra a conjuntos que se identifican en las mismas necesidades y problemáticas y que se organizan para potenciar sus recursos” (Dron, 2007). En este sentido, apunta el profesor Orihuela (2005) que las redes sociales operan de forma cruzada en tres ámbitos denominados “las 3Cs”: de comunicación (nos ayudan a

poner en común conocimientos), de comunidad (nos ayudan a encontrar e integrar comunidades) y de cooperación (nos ayudan a hacer cosas juntos).

Emerge un procomún digital donde se comparte y se produce de manera colaborativa a través de recursos comunes de acceso abierto derivando en una nueva modalidad de ‘commons’ cuyo paradigma está “expandiendo un nuevo horizonte de posibilidades a nivel político, social y económico” (Fuster, 2012). Resurge también la noción de capital social. Estas redes de personas conectadas a través de internet generan recursos, o la posibilidad de acceder a los mismos, posibilitando el logro de ciertos fines o beneficios para los que los poseen. Basándonos en las clásicas definiciones fundacionales de este concepto, el capital social es “el agregado de los recursos reales o potenciales ligados a la posesión de una red durable de relaciones más o menos institucionalizadas de reconocimiento mutuo” (Bourdieu, 1985) que facilita “ciertas acciones de individuos que están adentro de esa estructura” (Coleman, 1990). En efecto, las conexiones y relaciones que se establecen en internet pueden contribuir a aumentar nuestros recursos, ya sea accediendo a información, desarrollando relaciones personales o emprendiendo acciones conjuntas con otros (Ellison, Steinfield & Lampe, 2007).

Estas redes sociales y comunidades online y, sobretodo, las relaciones e intercambios de información y conocimiento que en ellas se genera, permiten a las personas maximizar sus recursos y les dotan de las herramientas necesarias para enfrentarse a su entorno. Vivimos en una sociedad informacional (del industrialismo al informacionalismo) “en la que la generación, el procesamiento y la transmisión de la información se convierten en las fuentes fundamentales de la productividad y el poder” (Castells, 1996: 47). Sobre los fundamentos del informacionalismo, la sociedad red surge como una organización social construida por redes de información que procesan, almacenan y transmiten información sin restricciones de distancia, tiempo ni volumen. El mismo planteamiento encontramos en la redacción del Manifiesto Telecomunista cuando dice:

El desarrollo de las telecomunicaciones, notablemente la emergencia de redes de pares como Internet, así como el transporte y la migración internacional, crean amplias posibilidades revolucionarias mientras las comunidades dispersas se vuelven capaces de interactuar instantáneamente a escala global. Nuestras vidas y relaciones ya no necesitan confinarse a naciones-estado vinculadas a un territorio (Kleiner, 2010: 12).

En este imaginario de la sociedad de la ubicuidad (Nakamura, 2004 citado en Islas, 2013) y modernidad líquida (Bauman, 2016) cada vez tiene menos sentido que unas pocas instituciones o líderes conserven el monopolio sobre el orden del discurso. Recordemos la tesis de Echeverría según la cual existen tres entornos de la humanidad: el entorno primero o Physis -todo aquello que es natural-, el entorno segundo o Polis -el espacio social y cultura- y el entorno tercero o Telépolis -una ciudad global dinámica (Echeverría, 1999: 14). Este último se refiere a un entorno articulado a través de las tecnologías de la información y la comunicación y en el que se han visto sustancialmente modificadas las relaciones sociales y culturales que se dan y daban en los entornos primero y segundo: “Telépolis existe en la medida en que los ciudadanos se interrelacionan a distancia, bien sea directa o indirectamente” (p. 2).

Se desvanecen las nociones de espacio, norma y cuerpo a través de las que operaban las instituciones tradicionales. La norma digital impone un replanteamiento de las instituciones y de las relaciones de los ciudadanos con ellas. Las instituciones tradicionales están vinculadas a un lugar (edificio) y realizan su labor mediante la separación dentro/fuera. La institución, entendida como fuente de orden social y poder disciplinar, necesita geometrizar el espacio, clausularlo, con el fin de que los individuos estén siempre localizables. En las instituciones que describe Foucault hay un trabajo de modelaje sobre el cuerpo generando subjetividades totalmente diferentes a partir de un mismo patrón (Deleuze, 1995). En la actual sociedad red, de naturaleza ubicua y líquida, se hace

necesario una reconfiguración de las propias instituciones y sus funciones para que sean capaces de adaptarse y ser operativas. Nace así el concepto de ‘extitución’ como una ordenación social no vinculada a un espacio concreto, una superficie en la que se conectan y desconectan multitud de agentes. Si en las instituciones clásicas el poder se ejercía en la coincidencia espaciotemporal de la institución y los cuerpos, en las extituciones el poder se realiza a distancia. La extitución, caracterizada por ser una amalgama de conexiones y asociaciones cambiantes que potencia el movimiento y el desplazamiento, desarrolla el ejercicio de poder actual dentro de la nueva lógica basada en prácticas de control abierto y continuo (Tirado & Domènech, 2001).

4. La red como instrumento de acción social

La ciudadanía se apropia de la tecnología haciendo de ella una herramienta cívica. La red les da vía para contactar, intercambiar información, conocer, reflexionar y, en caso necesario actuar (García-Estévez, 2016). El activismo tradicional se adapta e integra con el digital, donde la red viene dada por sí misma siendo la difusión el primer paso para la movilización. Los movimientos surgidos en la red se basan en estructuras horizontales donde no hay una dirección consciente ni centralizada, siendo imposible encontrar un organizador ni grupo dinamizador responsable y estable; como mucho, podemos hablar de “propositores” originales que se irán disolviendo poco a poco en el propio movimiento (Ugarte, 2008). La jerarquía da paso a la meritocracia donde el papel del sujeto viene dado por lo que este aporta a la red y por el valor que los demás le conceden (Tascón y Quintana, 2012: 27).

Los nuevos movimientos sociales se van a caracterizar por una gran informalidad y espontaneidad en su formación y estructura, utilizando los medios digitales como una herramienta de difusión de mensajes y propulsora de acciones concretas. En la cultura digital todos tenemos acceso a la información y el conocimiento, las viejas masas pasivas ante el televisor se han transformado en “multitudes inteligentes”⁵⁵ con una mayor capacidad de acción. El ciberespacio, dice Gutiérrez-Rubí, no se puede, ni debe, colonizar. Es un territorio libre ideal para influir y dejarse influir:

La cultura digital es una ola de regeneración social (de ahí su fuerza política) que conecta con movimientos muy de fondo en nuestra sociedad: placer por el conocimiento compartido y por la creación colectiva de contenidos; alergia al adoctrinamiento ideológico; rechazo a la verticalidad organizativa; fórmulas más abiertas y puntuales para la colaboración; nuevos códigos relacionales y de socialización de intereses; reconocimiento a los liderazgos que crean valor; sensibilidad por los temas más cotidianos y personales; visión global de la realidad local y creatividad permanente como motor de la innovación. Sí, hay esperanza de nuevos liderazgos. Pero en la Red sólo se reconoce la autoridad, no la jerarquía. Mejor las causas que los dogmas. (2008, 22 junio)

El desarrollo tecnológico no solo ha mejorado y ampliado las formas de comunicarnos, sino que ha transformado la propia naturaleza de los actores intervinientes y las bases de la cultura imperante. Coincidimos con todo lo esbozado anteriormente e insistimos en el nuevo papel de los usuarios, genuinos actores comunicativos que consumen a la vez que producen y que se mueven en una cultura abierta de compartir conocimiento y colaborar en diversos proyectos. En el caso que nos compete, la idea de tecnoactivismo surge de la “combinación entre la producción de conocimiento tecnológico y la acción política desarrollada de manera colectiva y mediada tecnológicamente” (Callén, 2011: 304).

⁵⁵El concepto de ‘multitudes inteligentes’ hace referencia a una nueva forma de organización social que nace y se estructura a través de las nuevas tecnologías de la información y las comunicaciones. El concepto fue acuñado por Rheingold (2009).

Los mass media conviven, e incluso son superados, por los social media de internet. Las masas dan paso a las multitudes. En el momento de la mayor globalización de nuestro planeta aparecen, de forma paralela, las mayores posibilidades de diversificación y diferenciación. Millones de pequeños grupos de personas unidos por algún interés común, ya sea de tipo cultural, identitario, solidarios, etc. La larga cola de Chris Anderson (2006) se aplica también al ámbito social e inquietudes menos generalizadas empiezan a aflorar en el ciberespacio. Por lo tanto, a los grandes temas de interés general se les suman otros, más pequeños en cuanto a número de implicados, pero que resurgen con igual fuerza.

Nos parece acertado la caracterización de los movimientos sociales ligados a las nuevas tecnologías propuesta por Silva (2004): 1. La proliferación y ramificación de los colectivos sociales gracias a la capacidad amplificadora de las TIC y el idealismo y voluntarismo de los miembros participantes; 2. Horizontalidad y flexibilidad de las redes, siendo cada vez menos jerarquizadas con múltiples nodos; 3. Tendencia coalizacional según la concepción de Diani (2003) actuando a nivel mundial en torno a intereses comunes; 4. Enorme dinamismo de estas movilizaciones que, a su vez, pueden desaparecer rápidamente, conforme la situación; 5. Minimalismo organizacional-material, sin sede física ni dirección postal; 6. Universalismo y particularismo de las causas, pues los ideales pueden atender a uno o a un conjunto de aspiraciones de colectivos sociales bastante pequeños y específicos; 7. Gran poder de articulación y eficiencia, que permite a la organización protestas simultáneas en diferentes ciudades y países, así como la articulación local; 8. Estrategias deslocalizadas de ideologías compartidas, buscando conectar con identidades, objetivos, ideologías y visiones de mundo compartidas; 9. Multiplicidad de identidades y circulación de militantes en las redes, pudiendo un mismo activista estar inserto en otras causas, con otros actores individuales y colectivos; 10. Identidad difusa propiciada por el aparente anonimato y la multiplicidad de identidades.

Está claro que las posibilidades de participación y protesta del ciudadano actual se han visto ampliadas con la revolución digital. Sin embargo, el simple hecho de que existan estas tecnologías y opciones de acción cívica no significa per se que el conjunto de la ciudadanía las adopte con fines políticos y sociales. Incluso, aún utilizándolas, el ciudadano no siempre ha desarrollado una conciencia social ni está suficientemente implicado. En las siguientes líneas desarrollaremos una aproximación a algunas de las diversas modalidades de acción social a través de internet. Realmente no existe una división clara de estas, incluyéndose todas bajo el paraguas de activismo digital, online o tecnológico, si bien nosotros las estudiaremos desde las más comprometidas, como el hacktivism y el ciberactivismo, a las que tienen un compromiso débil como el slacktivism y el clicktivism.

4.1. Ciberactivismo

El ciberactivismo, también conocido como activismo en internet, activismo web o activismo online, entre otros, se basa en el uso de las tecnologías de la comunicación y la información con fines activistas, gracias a su rápida y eficaz comunicación, capacidad de difusión de información específica a audiencias grandes y específicas, así como la coordinación. No podemos entender el ciberactivismo sin el desarrollo de la web 2.0 y sus diversas aplicaciones, especialmente las redes sociales. Las redes sociales digitales son mucho más que puntos de encuentro. Son nuevas vías de expresión que permiten la movilización y dinamización de la opinión pública. En la era digital, la libertad de expresión encuentra su mejor aliado en la web 2.0. Los ciudadanos comienzan a estar más informados e involucrados en los procesos sociales y políticos. Encuentran nuevos espacios ciudadanos donde acceder a una gran cantidad y diversidad de información, no ya exclusivamente canalizada por discursos mediáticos, políticos o institucionales. Son, o pretender ser, redes de comunicación alternativas al poder.

De hecho, uno de los principales objetivos del ciberactivismo es conseguir el cambio en la agenda pública. Sabemos, por toda la literatura científica que de ello se ha escrito, que la elaboración de la agenda pública ha recaído fundamentalmente en organismos políticos, por un lado, y los medios de comunicación, por otro. Según esta teoría, conocida como la Agenda Setting (McCombs & Shaw, 1972), el modo en que la gente ve el mundo está influido de una manera directa por los mass media. El ciberactivismo pretende hacer de la red un canal de expresión, donde poner de relieve las verdaderas inquietudes y preocupaciones de la sociedad. De esta manera, de la ciudadanía también emanan temas que se incluyen en el gran discurso social a través de la espectacular difusión que adquiere un determinado mensaje a través de los social media gracias a la propagación del “boca a boca”.

En la gestación de estas movilizaciones existen tres etapas correlativas (García-Estévez, 2012): la deliberación, la convocatoria y la actuación. Estas fases coinciden con las categorías de activismo online que propone Sandor Vegh (2003): sensibilización-promoción, organización-movilización y acción-reacción. Dependiendo de la repercusión, la importancia y el número de seguidores, una iniciativa surgida en la red puede quedarse en la primera etapa, avanzar hasta la segunda y, en algunos casos, culminar en la tercera. La primera de ellas es una fase previa deliberativa, de debate y discusión, en la que los usuarios en red plantean un asunto problemático, lo tratan, lo estudian, conversan acerca de él y de sus posibles soluciones, etc. Consiste, sobretodo, en poner de relieve la cuestión conflictiva, presionando a los agentes políticos, sociales y/o mediáticos para actúen en este sentido.

A veces el activismo en red puede permanecer mucho tiempo inserto en esta fase e, incluso, no superarla si no se dan las circunstancias necesarias. No obstante, es muy común que los usuarios enzarzados en una causa utilicen las plataformas interactivas para dar un paso más y realizar cualquier tipo de actuación que le dé mayor notoriedad al problema en cuestión. Para ello es necesario entrar en la segunda etapa, utilizando el medio internet para divulgar la convocatoria y aunar adeptos.

Las redes sociales digitales poseen una gran capacidad de convocatoria, consecuencia lógica de su potencial difusor. Este factor multiplicador es el que llamamos ‘viralidad’ y tiene una gran importancia ya que no sólo permite que el mensaje se propague de una manera espectacular sino que todo ello se hace a un coste bajo. Es viral, precisamente, porque la facilidad y rapidez de propagación que presenta la web social consiguen que el mensaje se convierta en “contagioso” extendiéndose como si de una epidemia de gripe se tratara (Aced, Arqués, Benítez, Llodrá y Sanagustín, 2009: 85). Este contagio se hace efectivo puesto que en las redes sociales el mensaje es transmitido de una persona concreta a sus contactos, por lo que éstos sienten mayor vinculación hacia la fuente, con un consiguiente aumento de interés. Se forma así una “ideavirus” que se mueve, que crece y que infecta todo lo que toca (Godin, 2001: 19).

Llegamos así al tercer estadio, en el que los usuarios deciden realizar acciones concretas y que suelen desembocar en revueltas callejeras, movilizaciones espontáneas y masivas de diferente carácter. Es lo que Ugarte (2008) denomina con el concepto de ‘ciberturbas’ que pueden adquirir diversas formas, siendo las más comunes las manifestaciones, quedadas, sentadas, reuniones, etc. Aunque la naturaleza de estas movilizaciones es variada y cambiante, Luengo (2009) nos propone cuatro tipos de cibermovilizaciones según su temática: políticas, sociales, lúdicas y comerciales. Sin embargo, nosotros coincidimos con De la Cueva (2015) en que es preciso diferenciar las acciones de tipo activista, que él denomina acciones micropolíticas, de otras de diversa índole, pues no todas las actuaciones propuestas por los ciudadanos utilizando internet y/o dispositivos tecnológicos pueden englobarse dentro del ciberactivismo. Siguiendo estas consignas, entendemos que existen tres grandes tipos de actuaciones promovidas, organizadas y gestadas a partir de internet, las redes sociales y los dispositivos tecnológicos: eventos por motivos lúdicos o de ocio donde encontramos

desde las macrobotellonas y fiestas juveniles hasta diversas expresiones de arte efímero 2.0 como los Flash-mobs, Lipdub, Harlmen Shake, Mannequin Challenge, etc.; acciones comerciales promovidas por marcas y empresas que utilizan la web y los mecanismos de difusión online para provocar una respuesta en las audiencias dentro de su estrategia de marketing digital; y actuaciones políticas, sociales y ciudadanas donde se incluiría el ciberactivismo y el hacktivismo.

El ciberactivismo se vale de internet y de las tecnologías de la información y la comunicación como instrumentos cívicos en la consecución de objetivos políticos y sociales. Es por ello que resulta difícil establecer un conjunto de técnicas propias de estas movilizaciones. No se trata de un paquete cerrado de herramientas sino que se modifica, se amplía y evoluciona la parca que hace las nuevas fórmulas de comunicación. Enumeramos a continuación algunas de las principales herramientas utilizadas desde sus orígenes hasta la actualidad:

- Los SMS. Aunque actualmente el uso de SMS está a la baja, hemos de reconocer que fue una de las primeras vías de convocatoria consiguiendo una alta difusión con su clásico ‘pásalo’. Esta fue, por ejemplo, la principal herramienta utilizada en las protestas del 13 de marzo de 2004 en España víspera de las elecciones, dos días después los atentados terroristas en la red de Cercanías de Madrid y dentro de una corriente internacional de ‘No a la Guerra’ de Irak.
- El correo electrónico. La difusión y propagación de mensajes a través de correo electrónico ha sido, y sigue siendo aunque en menor medida, un instrumento útil para informar, generar debate y coordinar manifestaciones sociales.
- Las redes sociales. Estas plataformas online van a ser una constante de crucial importancia en la difusión, gestación, organización y coordinación de acciones reivindicativas y de protesta. Son el núcleo donde confluyen el resto de técnicas. Redes sociales como Facebook o Twitter se convierten en centros neurálgicos para informar y acceder a información, especialmente en regímenes autoritarios, conseguir viralidad internacional, presionar a los poderes, recaudar fondos, generar acciones concretas... Por su parte, el hashtag se ha convertido en uno de los grandes protagonistas.
- La firma de peticiones a través de distintas plataformas web como Change.org, Oiga.me o Avaaz.org. En España durante el año 2016 Change.org alcanzó los 11 millones de usuarios, siendo la petición de un chico de 14 años, Isidoro Martínez, para suprimir las reválidas de Wert la que más firmas recogió, más de un millón. Tras la presión social, Mariano Rajoy dejó sin efecto académico en octubre de ese año las pruebas de ESO y Bachillerato que había impulsado su Gobierno durante la legislatura anterior.
- Aplicaciones para sondeos masivos. Como Appgree, una aplicación para web y móvil que permite que grupos de unas pocas personas o de miles, puedan hablarle al mundo como si fueran una sola. Además cada individuo del grupo puede enviar una propuesta, y el resto las vota.
- Vídeos protesta y/o de impacto que consiguen una viralización a través de plataformas como Youtube y que se difunden por otras plataformas 2.0. Ya en el año 2006 los españoles vieron y difundieron un vídeo publicado en la red en el que se veía a un grupo de jóvenes robar la butaca del entonces presidente Zapatero en el Hemiciclo, con el fin de concienciar acerca del hambre en el mundo y llamar a la movilización para erradicarla. A pesar de ser un vídeo-montaje, su repercusión fue espectacular, logrado colarse en diarios digitales, radios y televisiones.
- Podcast. Para difundir información y crear opinión pública.
- Memes e imágenes sarcásticas. El meme en internet nace en torno al 2000 y “constituye un objeto expresivo que es ampliamente reconocido (y usado) en comunidades que se construyen en torno a sitios en línea” (Pérez, Aguilar y Guillermo, 2014). Son archivos multimedia que muestran una crítica mordaz e incluso burda y grosera pero efectiva en cuanto a su gran capacidad de difusión.

- Blogs personales y colaborativos. Son espacios de iniciativas particulares donde recapitulan información de interés colectiva, formando conciencia y motivando la movilización.
- Canales IRC, foros y chats en los que los usuarios pueden entrar y compartir contenidos. También se encuentra gran parte del mundo hacker y está relacionado igualmente con el hacktivismismo.
- Etc.

Uno de los primeros casos de activismo a través de internet tuvo lugar en la década de los noventa y fue como reacción a una estrategia comercial. El 10 de abril de 1990 Lotus anunció la comercialización directa de un programa de bases de datos de correos electrónicos, denominado Lotus Marketplace, que contendría el nombre, dirección e información sobre los hábitos de consumo de 120 millones de ciudadanos de Estados Unidos. Si bien gran parte de estos datos ya estaban disponibles, defensores de la privacidad se preocuparon por la disponibilidad de estos dentro de una gran base de datos en formato CD-ROM que se iría actualizando sucesivamente. En respuesta, se organizó una campaña mediante el envío masivo de correos electrónicos y la publicación de diversa información en foros en la red, que incluían información para ponerse en contacto con Lotus, así como plantillas de cartas ya elaboradas y listas para enviar. Destaca la figura de Larry Seiler, un profesional experto en ordenadores de Inglaterra que publicó un mensaje ampliamente difundido en grupos de noticias y vía e-mail y que decía así: “El plan incluirá un MONTÓN de información personal acerca de TI, a la cual cualquiera en el país podrá tener acceso con sólo comprar los discos. A mí me parece (y a muchas otras personas, también) que esto será como el Gran Hermano, y parece una buena idea abortarlo mientras aún hay tiempo”. Más de 30.000 personas se pusieron en contacto con Lotus y pidieron que sus nombres fueran retirados de la base de datos. El 23 de enero de 1991, Lotus anunció que había cancelado Marketplace.

Desde entonces encontramos muchos momentos de protesta y reivindicación en los que internet y los dispositivos tecnológicos juegan un papel substancial. Los movimientos antiglobalización en Seattle (1999), la protesta tras los atentados del 11M en España (2004), el movimiento EDSA II en Filipinas (2001), las revueltas estudiantiles contra el CPE en Francia (2005), las manifestaciones por una vivienda digna en España (2006), las revueltas acaecidas en Oriente Medio (2010-2013), las manifestaciones del 15M y el movimiento “Democracia Real Ya” surgido en España (2011), el “Occupy Wall Street” en Estados Unidos (2011) o la “Revolución de los Paraguas” en Hong Kong (2014) son solo algunos ejemplos.

4.2. Hacktivismismo

El hacktivismismo emplea métodos más tecnológicos y especializados para presionar y conseguir sus objetivos. Wray entiende el hacktivismismo como una forma de ciberactivismo directo en el que los hackers apropian o interceptan las tecnologías para fines personales y políticos (Wray, 1998). Son usuarios con conocimientos informáticos avanzados y con un extraordinario manejo y conocimiento de las TIC y de las redes, así como la habilidad para inventarlas, redefinirlas y modificarlas. Confían en el valor social y político de la tecnología fomentando un hackerismo que va mucho más allá del placer de experimentar y aprender de ello. Entienden que la tecnología se ha convertido en mediadores necesarios para la emergencia de nuevas formas de sociabilidad (Aceros, 2006) y que el software tiene implicaciones sociales, con el compromiso ciudadano de acercar “herramientas de interacción tecno-políticas a la gente corriente” (Garaizar, 2004: 10). Los miembros de este movimiento parten de una conciencia colectiva y adquieren una actitud comprometida socialmente poniendo sus conocimientos al servicio de la ciudadanía y promoviendo políticas tales como la libertad de expresión, los derechos humanos y la ética de la información.

El hacktivismo es un tipo de activismo en red que emplea el hacking como principal técnica para luchar por una causa política (Denning, 1999). El término fue usado por primera vez en un artículo de la artista multimedia Shu Lea Cheang publicado en InfoNation en 1995; un año después sería utilizado por un miembro del grupo de hackers americano Cult of the Dead Cow (cDc). Pero será en el año 2000 cuando Oxford Ruffin, otro miembro del citado grupo, escriba que “los hacktivistas emplean tecnología para defender los derechos humanos” (Paget, 2012: 3). Lo podemos describir como “la utilización no violenta de herramientas digitales ilegales o legalmente ambiguas persiguiendo fines políticos” (Samuel, 2004: 2). Los hacktivistas adoptan estrategias y herramientas más directas y transgresoras que las usadas por el ciberactivismo, puesto que creen que sus tácticas de confrontación son más eficaces que las fórmulas convencionales. Entienden el ciberespacio como el nuevo campo de batalla global cuya protesta viral se ejerce a través de la acción cibernética. El hacktivismo combina pues elementos del hacking online y del activismo político. Lejos del estereotipo de personas introvertidas, aisladas y exclusivamente obsesionadas con la programación y la seguridad informática, muchos hackers toman consciencia de las dimensiones políticas del código que escriben y se lanzan para amplificar sus efectos políticos.

Para entender el nacimiento y la evolución de los movimientos activistas de corte tecnológico nos hemos de situar en la década de los setenta del pasado siglo cuando los hackers de entonces deciden romper con la dinámica imperante de ocultación y privatización del software y luchar por la liberalización del mismo, como un paso previo e imprescindible para combatir el cibercontrol social (Garaizar, 2004) y batallar por la libertad del conocimiento y la justicia social. Recordemos que fue a partir de 1960 cuando las primeras compañías empezaron a privatizar sus códigos, existiendo hasta entonces un modelo de desarrollo cooperativo en el campo del software y la programación. En efecto, detrás de este giro se encuentran los intereses lucrativos y monetarios de muchas compañías que se dedicaban y dedican a comercializar estos productos.

A finales de los años 1970 y principios de los años 1980, los vendedores de computadoras y compañías de software empezaron a cobrar por licencias de software de manera rutinaria, comercializándolas como “Productos Informáticos” e imponiendo restricciones legales a los nuevos desarrollos de software, ahora vistos como activos, a través de derechos de autor, marcas registradas y contratos de arrendamiento. En 1976, Bill Gates marcó el gran cambio de era cuándo escribió su ahora famosa Carta abierta a los aficionados⁵⁶, mandando el mensaje de que lo que los hackers llaman ‘compartir’ era, en sus palabras, ‘robar’.

Sin embargo, para muchos usuarios y teóricos “el acceso a los códigos de Internet, el acceso a los códigos del software que gobierna Internet, es, ha sido y sigue siendo abierto, y esto está en la base de la capacidad de innovación tecnológica constante que se ha desarrollado en Internet” (Castells, 2000: 4). La defensa de esta idea y su difusión fue lo que impulsó el nacimiento en octubre de 1985 de la Free Software Foundation (FSF) creada por Richard Stallman y otros entusiastas del software libre. Esta fundación realiza una definición concreta del significado de software libre y las libertades que supone: los usuarios tienen la libertad para ejecutar, copiar, distribuir, estudiar, modificar y mejorar el software.

El hackerismo “es la cultura en la que la pasión de crear (ya sea tecnología o arte o pedagogía) es la motivación más importante, la que guía la conducta de creadoras e innovadores” (Castells, 2009:38). Ya en 1985 Steven Levy defendía en su libro Hackers. Heroes of the computer revolution que entre estos “geniales pioneros” se imponía una filosofía común a la lógica de los ordenadores y que se basaba en la consigna de compartir, y todo ello con un fin: “mejorar las máquinas y mejorar el mundo” (Levy, citado en Tascón y Quintana, 2012:19). Y es que, “el eslogan de la clase hacker no es: «Obreros del mundo, uníos»; sino «Obras del mundo, liberaos»” (Wark, 2005: 17). Es la

⁵⁶La Carta está disponible en https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Bill_Gates_Letter_to_Hobbyists.jpg

razón de ser del software libre y la que llevó a Richard Stallman y Linus Torvalds a difundir gratuitamente el Sistema Operativo GNU/Linux.

El uso político que hacen los hacktivistas los diferencian de los hackers ya que, normalmente, este último es “un personaje apolítico que sólo lucha por sus compañeros, por la libertad de la información y por sí mismo” (Vicente, 2004). En cambio, para los hacktivistas los puntos de partida coinciden con los principios consagrados en la Declaración Universal de Derechos Humanos y la Convención Internacional sobre Derechos Civiles y Políticos. Tampoco podemos vincular estos movimientos hacktivistas con los crackers, “cuyo objetivo es el de crear virus e introducirse en otros sistemas para robar información y luego venderla al mejor postor” (Vicente, 2004). De igual forma, surgen en el seno del hacktivismo una escisión que se aleja del compromiso cívico y de la que resultan los conocidos como script kiddies, jóvenes que intentan hacerse pasar por hacker, a pesar de su falta de habilidades técnicas ni experiencia en sistemas informáticos, y con ganas de “piratear por piratear” (Paget, 2012: 9).

Desde el punto de vista de estructuras sociales, estos movimientos canalizan su acción en tres dimensiones: la solidaridad, es decir, el mutuo reconocimiento de los actores como miembros de una misma unidad social; el conflicto con un adversario por la apropiación y control de recursos valorados por ambos; y la ruptura de los límites de compatibilidad del sistema en el que acontece la movilización (Melucci, 1999). En cuanto a las técnicas empleadas existe una gran diversidad, en función de los objetivos, de los agentes implicados o de la naturaleza de la reivindicación, si bien podemos establecer una tipología:

- Ataques DDoS (distributed denial of service attack o ataque distribuido de denegación de servicio). Técnica hacker consistente en un ataque a un sistema de computadoras o de red mediante la saturación de los puertos con flujo de información que causa que un servicio o recurso sea inaccesible para los usuarios legítimos.
 - Ataques netstrike. Consisten en la interacción consensuada de multitud de personas desde diferentes lugares y distintos horarios sobre un sitio web, con objetivo de ralentizar su servicio, llegando en ocasiones a saturar la web.
 - Utilización de exploits. Utilización de fragmentos de software o secuencias de comandos y/o acciones, con el fin de aprovechar una vulnerabilidad de seguridad de un sistema de información y conseguir un comportamiento no deseado del mismo.
 - El doxing. Consiste en publicar fotos, información de contactos y datos personales y familiares en represalia por una acción llevada a cabo por un individuo o grupo de individuos.
 - El copwatching. Consiste en publicar en sitios web especiales información identificativa y observaciones relacionadas con los miembros de las fuerzas de seguridad.
 - El google bomb. Es un método mediante el cual es posible colocar ciertos sitios web en los primeros lugares de los resultados de una búsqueda en Google utilizando un texto determinado.
 - Los fakes o engaños.
 - La redirección de las páginas web institucionales u oficiales.
 - El desarrollo de herramientas de software (rootkits, keyloggers, etc.).
 - El robo de datos y filtraciones.
- Etc.

Incipientes actuaciones hacktivistas las encontramos en la década de los ochenta cuando, por ejemplo, el grupo Network Liberty Alliance organizaba en Francia acciones con ordenadores y hackeo de software contra la instalación de misiles nucleares en Alemania o la protesta también antinuclear de milw0rm, un grupo que en 1998 realizó el mayor ataque hacker hasta la fecha y que obtuvo una gran repercusión mediática. Las primeras acciones hacktivistas fueron los conocidos

como netstrikes, que consistían en organizar manifestaciones de protesta en red a través del bloqueo de determinadas páginas web. Mediante un programa muy sencillo, utilizable desde cualquier ordenador personal, un hacktivista realiza continuas peticiones a una misma página web intentando colapsarla. Este ataque combinado desde diferentes fuentes puede perjudicar seriamente la accesibilidad de un sitio web. Uno de los casos más sonados fue el coordinado por la web italiana Netstrike.it, cuando en 1995 consiguió bloquear los sitios del gobierno francés que en aquel momento estaban realizando ensayos nucleares en el atolón de Mururoa.

En todos estos años han surgido diversos grupos como Electronic Disturbance Theatre; Electrohippies; Cult of the Dead Cow; Chaos Computer Club; Hactivist.com; Critical Art Ensemble; HispanoTecno.Net; LuzSec; o Anonymous. Aunque su hábitat natural es la red, desde hace mediados de los noventa también se han llevado a cabo una serie de acciones concretas con un predominio de hacklab o hackerspace y los hackmeeting, donde se “reúnen físicamente fuera de Internet con la intención de trabajar en proyectos relacionados con el software libre, ciberderechos, privacidad, criptografía, redes wireles en barrios o ciudades” (Roig, 2004: 14). Son instancias de diálogo de hackers que lo consolidan como un movimiento social articulado dentro y fuera de la red.

En los últimos años el activismo hacker comienza a tener mayores repercusiones sociales y políticas. Iniciativas como Wikileaks, una organización mediática internacional liderada por Julian Assange que publica a través de su sitio web informes anónimos y documentos filtrados con contenido sensible en materia de interés público, preservando el anonimato de sus fuentes, ha provocado una oleada de controversia en todo el mundo. Cuando Wikileaks empezó a publicar cables diplomáticos estadounidenses comprometedores y a su vez los poderes políticos iniciaron los intentos de callar la wiki de Julian Assange, movimientos como Anonymous, decidieron intervenir y convertirse en el intermediario entre el público y los denunciantes (Paget, 2012: 7). Se inauguraba así el 28 de noviembre de 2010 la Operación Cablegate. Anonymous es un grupo hacker compuesto por ciudadanos de todo el mundo, no conocidos entre ellos y en el que todos participan coordinadamente y de forma anónima en determinadas protestas y acciones. Este grupo Anonymous, que muestra como símbolo una máscara con el rostro del anarquista revolucionario Guy Fawkes, lucha contra los excesos del poder, las operaciones encubiertas de los gobiernos, el oscurantismo político y económico, los actos ilegales, las actividades fraudulentas así como las violaciones a los derechos humanos.

4.3. Slacktivism, clicktivism y activismo de hashtag

Cuando tanto se habla de empoderamiento ciudadano en el contexto tecnológico, aparece un ‘activismo de sillón’ con un bajo nivel de compromiso y escasa capacidad de transformación. El slacktivism es un neologismo compuesto de las palabras slacker (holgazán) y activism (activismo) y se utiliza para denominar un tipo de activismo online donde el ciudadano continúa con sus actividades habituales y su implicación se limita a acciones mínimas como dar un “me gusta” o compartir algún contenido a través de sus redes sociales. Muchos critican esta forma de activismo al considerar que quien lo practica sobre todo persigue ‘sentirse bien’ haciendo público su apoyo a un tema o causa pero con poco impacto político o social. El slacktivism no consigue generar efectos importantes en el tejido social y normalmente solo beneficia los egos de la gente que lo realiza (Morozov, 2009).

Las actividades del slacktivism pretenden apoyar una organización o causa pero sin contribuir con ningún esfuerzo propio y se limita a acciones como: firmar peticiones en internet, copiar y pegar determinados mensajes en sus estados de redes sociales, alterar sus datos personales o avatar en sus perfiles sociales, dar ‘me gusta’ para mostrar apoyo en plataformas como Facebook, Twitter o Instagram, viralizar hashtags y contenido, reenviar cartas, vídeos u otros contenidos a través de sus

redes o sistemas de mensajería como Whatsapp, hacer pequeñas donaciones de dinero, subir fotos y selfies mostrando su apoyo a una campaña, crear causas en Facebook, etc. (Christensen, 2011). Podemos identificar tres tipos de slacktivism: el clicktivism, el slacktivism de solidaridad y de simpatía y el activismo de hashtags.

El clicktivism describe a los activistas que utilizan las redes sociales para organizar protestas, cuantificando su éxito en función del número de personas que han hecho clic en una petición o cualquier otro llamado de acción. La idea que subyace en este tipo de activismo es en la gran capacidad de difusión de un mensaje a través de las redes sociales. El aumento de visibilidad y de apoyos a una causa es fundamental para su triunfo. Sin embargo, el enfoque que adopta el clicktivism se basa casi únicamente en las tasas de participación convirtiendo a los activistas en meros espectadores. Mejorar métricas, como si de un anuncio publicitario se tratara, con mensajes más eficaces capaces de captar el ‘me gusta’ del usuario pero incapaces de movilizar conciencias ni de transformar la sociedad.

Una crítica a este tipo de activismo fue el eje de una campaña de Unicef en 2014 en la que, bajo el eslogan “We have nothing against likes, but vaccine costs money” (No tenemos nada contra los likes, pero la vacuna cuesta dinero), esta organización cuestiona la utilidad real de los “me gusta” en Facebook. Se trata de una campaña de concienciación y captación de fondos donde Unicef deja claro que el hecho de hacer like a algo en Facebook, o compartir una actualización de estado, o retweetear algo, a menudo no tiene ningún impacto en absoluto más allá de un momentáneo sentimiento de tristeza al espectador. Pero por sí mismo, NO crea ningún impacto real (Unicef, 2014).

El slacktivism de solidaridad y/o simpatía permite a los usuarios mostrar su apoyo a una causa o repulsa a algún hecho atroz, como atentados o crímenes, con acciones sencillas en las redes sociales y sin más voluntad de hacer nada más. Por ejemplo, acciones típicas de slacktivism solidario son publicar un determinado estado en Facebook o Twitter, dar like a la causa de una organización en Facebook, twittear o retweetear la solicitud de una organización en Twitter, firmar peticiones en internet, publicar y compartir vídeos de YouTube sobre una causa, etc. En el slacktivism de simpatía, por su parte, los usuarios suelen cambiar la fotografía de su perfil social como, por ejemplo, cuando la red social Facebook permitió que sus usuarios modificaran su foto de perfil incorporando los colores de la bandera francesa, en homenaje a las víctimas de los atentados de noviembre de 2015 en París. También es típico que se hagan una foto o graben un vídeo siguiendo unas determinadas instrucciones y, posteriormente, lo publiquen en sus perfiles sociales ‘retando’ al resto de sus amigos para que también lo hagan. En algunas ocasiones, conlleva una donación como cuando en agosto de 2014 imágenes de famosos arrojándose cubos de agua helada se convirtió en una moda conocida como ‘ice bucket challenge’ (el reto de los baldes de hielo) impulsada para recaudar fondos para la investigación de la esclerosis lateral amiotrófica (ELA).

El hashtag, que el pasado 23 de agosto cumplió 10 años, se ha alzado como un símbolo del activismo, dando vida a movimientos sociales populares. El activismo de hashtags se caracteriza por su bajo nivel de implicación. Las acciones del usuario se reducen a incluir un determinado hashtag reivindicativo en sus publicaciones sociales y compartir los mensajes con tal hashtag de sus contactos. A pesar de ser escasamente comprometido, en ocasiones consigue captar la atención de los medios de comunicación social, hecho especialmente importante si se trata de movilizaciones en países con restricciones democráticas que consiguen de esta manera la atención internacional.

5. Conclusiones

La ciudadanía adopta en sus modos de protesta y manifestaciones una apropiación tecnológica de su entorno, convirtiendo elementos digitales en herramientas útiles para el empoderamiento político y

cívico de la ciudadanía. Sin embargo, no siempre tener acceso a las tecnologías y saber emplearlas con fines políticos responde a una conciencia social y comprometida.

De forma genérica, todas estas iniciativas se pueden englobar bajo el concepto de activismo digital o tecnológico. Ahora bien, existen una serie de variables que nos muestran un panorama amplio de modalidades de activismo en red. En primer lugar, las bases que sustentan esas acciones condicionarán que sean derivaciones y/o adaptaciones del activismo clásico (ciberactivismo) o que se traten de acciones hacker con fines sociales (hacktivismo). El nivel de implicación de los activistas es la clave para diferenciar movimientos de alto y bajo compromiso. Ciberactivismo y hacktivismo, por un lado, y slacktivism, clicktivism y activismo de hashtag, por otro. En última instancia, todo lo enumerado anteriormente repercutirá en la eficacia y en la capacidad transformadora de ese activismo digital. El éxito de una causa política o social no se mide solamente en la cantidad de likes en Facebook, retweets en Twitter o generación de trending topics. Probablemente esa viralización y, por tanto, visibilidad pública sean pasos necesarios para la consecución de objetivos cívicos. Pero sin un verdadero compromiso por parte del ciudadano, todas estas acciones quedarán como simples ‘berrinches’, pataletas donde la indignación se canaliza con un tweet, un comentario en Facebook y una firma en Change.org.

Una de las grandes ventajas del activismo digital es el aumento de la accesibilidad en la participación política. Es más asequible y más sencillo. Pero esa facilidad no debe interpretarse como comodidad. Necesitamos reflexionar sobre cómo estamos utilizando ese poder de participación que nos otorgan internet y las redes sociales. Las acciones propias del conocido como slacktivism son positivas en la medida que los ciudadanos comparten su opinión política, respaldan públicamente una causa y fomentan la viralización de la misma. Los usuarios conocen la capacidad de difusión y de conexión de las redes, forjando un ejército digital impulsado por un interés o preocupación común. El contexto digital ofrece muchas más opciones que las slacktivist, como las empleadas por los activistas hackers. Y luego siguen estando las actuaciones del activismo clásico, como sentadas o manifestaciones, que se integran en la dinámica digital. Pero más allá de las acciones en sí, solo una verdadera conciencia social, un mayor compromiso y una alfabetización crítica sobre la nueva participación ciudadana permitirán no solo no volvernos más vulnerables a la manipulación sino conseguir transformaciones profundas en el tejido político y social.

6. Referencias

- Aced, C., Arqués, N., Benítez, M., Llodrá, B. & Sanagustín, E. (2008). *Visibilidad. Cómo gestionar la reputación en Internet*. Barcelona: Gestión 2000.
- Aceros, J. C. (2006). Jóvenes, Hacktivismo y Sociedad de la Información. Recuperado de: http://www.sindominio.net/metabolik/alephandria/txt/Aceros_-_Juventud_hacktivismo_y_sociedad_de_la_informacion.pdf
- Anderson, C. (2006). *The Long Tail: Why the Future of Business is Selling Less of More*. Nova York: Hyperion.
- Arguemi, A. (coord.) (2014, 26 de mayo) Extituciones: nuevas instituciones ciudadana. AlterConsumismo (blog de *El País*). Recuperado de: https://elpais.com/elpais/2014/05/26/alterconsumismo/1401091764_140109.html
- Bergantiños Franco, N. (2013). La desconfianza política como motor para la profundización democrática. Recuperado de: <http://www.euskonews.com/0667zbn/gaia66701es.html>
- Bourdieu, P. (1985) The Forms of Capital. *Handbook of Theory and Research for the Sociology of Education*, ed. J. Richardson. Nueva York: Greenwood.
- Bustamante Donas, J. (2007) Cooperación en el ciberespacio: bases para una ciudadanía digital. *Argumentos de Razón Técnica*, 10, 305-328.
- Callén Moreu, B. (2011). Tecnoactivismo. La experiencia política de Riereta.net. Athenea

- Digital. *Revista de Pensamiento e Investigación Social*, 11(1), 297-311.
- Candón Mena, J. (2011). *Internet en movimiento: nuevos movimientos sociales y nuevos medios en la Sociedad de la Información* (Tesis Doctoral). Universidad Complutense de Madrid.
 - Castells, M. (1996) *La era de la información. Economía, sociedad y cultura*. Madrid: Alianza.
 - Castells, M. (2000). *Internet y la Sociedad en Red. Lliçó inaugural del programa de doctorat sobre la societat de la informació i el coneixement*. Barcelona: Universidad Oberta de Catalunya.
 - Castells, M. (2009). *Acto de investidura como Doctor Honoris Causa de la Universidad de Sevilla del profesor Dr. Manuel Castells Oliván*. Sevilla: Secretariado de Publicaciones de la Universidad de Sevilla.
 - Christensen, H. (2011). Political activities on the Internet: Slacktivism or political participation by other means. *First Monday*, 16 (2). Recuperado de: <http://firstmonday.org/article/view/3336/2767>
 - Coleman, J. (1990). *Foundations of Social Theory*. Cambridge: Harvard University Press.
 - De la Cueva, J. (2015). *Manual del ciberactivista. Teoría y práctica de las acciones micropolíticas*. Córdoba: BandaÀParte.
 - Deleuze, G. (1995). *Conversaciones*. Valencia: Pre-Textos.
 - Denning, D. E. (1999). Activism, Hactivism, and Cyberterrorism: The Internet as a Tool for Influencing Foreign Policy. Recuperado de: <https://nautilus.org/global-problem-solving/activism-hactivism-and-cyberterrorism-the-internet-as-a-tool-for-influencing-foreign-policy-2/>
 - Diani, M. (2003) Networks and Social Movements: A Research Programme. En Diani, M. & McAdam, D. (eds.), *Social Movements and Networks -Relational Approaches to Collective Action* (pp. 299-319). Oxford: Oxford University Press.
 - Dron, J. (2007). Designing the Undesignable: Social Software and Control. *Educational Technology & Society*, 10 (3), 60-71.
 - Echeverría, J. (1994) *Telépolis*. Barcelona: Destino.
 - Ellison, N. B., Steinfield, C. & Lampe, C. (2007). The benefits of Facebook “Friends”: Social capital and College Students’ Use of Online Social Network Sites. *Journal of Computer-Mediated Communication*, 12, 1143-1168.
 - Fuster Morell, M. (2012). Horizontes del procomún digital. *Documentación Social*, 165, 89-102.
 - Gamson, W.A. (1968). *Power and discontent*. Homewood: Dorsey Press.
 - Garaizar Sagarminaga, P. (2004). El Software Libre como herramienta de hacktivismismo contra el cibercontrol social. Recuperado de: <http://paginaspersonales.deusto.es/garaizar/papers/HEGOA2004-PG.pdf>
 - García-Estévez, N. (2012). *Redes Sociales en Internet. Implicaciones y consecuencias de las plataformas 2.0 en al sociedad*. Madrid: Universitat.
 - García-Estévez, N. (2016). La convergencia activista en Hong Kong: del ciberactivismo de “Occupy Central” al hacktivismismo de “Operación Hong Kong”. En Candón Mena, J. (ed.) *Actas del I Congreso Internacional Move.Net sobre Movimientos Sociales y TIC* (pp. 139-156), celebrado del 5 al 7 de febrero de 2015. Sevilla: COMPOLÍTICAS.
 - Global Shapers Community (2017). *Global Shapers Annual Survey 2017*. Recuperado de: http://shaperssurvey2017.org/static/data/WEF_GSC_Annual_Survey_2017.pdf
 - Godin, S. (2001). *Unleashing the Ideavirus*. Nueva York: Hyperion.
 - Gutiérrez-Rubí, A. (2008, 22 junio). El nacimiento del ciberactivismo político. *El País* (España), 39.
 - Islas, O. (2013). Comprendiendo el tránsito de la blogósfera a la twittósfera. En Islas, O. &

- Ricuarte, P. (eds.), *Investigar las redes sociales. Comunicación total en la sociedad de la ubicuidad* (pp. 63-73). México: Razón y Palabra.
- Kleiner, D. (2010). *The Telekommunist Manifesto*. Amsterdam: Network Notebooks.
 - Luengo Chávez, G. (2009). La movilización social en internet. Eventos organizados a través de la red: ¿fenómeno lúdico o ciberactivismo?. En *Actas del IV Congreso de Cibersociedad 2009: Crisis Analógica, Futuro Digital*. Recuperado de: <http://www.cibersociedad.net/congres2009/es/coms/la-movilizacion-social-en-internet-eventos-organizados-a-traves-de-la-red-fenomeno-ludico-o-ciberactivismo/515/>
 - McCombs, M. & Shaw, D. (1972). The agenda setting function of the media. *Public Opinion Quarterly*, 36, 176-187.
 - Melucci, A. (1999). *Acción colectiva, vida cotidiana y democracia*. México: Centro de Estudios Sociológicos.
 - Merino, M. (2016). *La participación ciudadana en la democracia*. México: Instituto Nacional Electoral.
 - Morozov, E. (2009). The brave new world of slacktivism in The FP Group. Recuperado de: https://drive.google.com/file/d/0B_6AAGWfBODkdII2NE9ybnJYekU/view
 - Orihuela, J. L. (2005). Apuntes sobre redes sociales. Recuperado de: <http://www.ecuaderno.com/2005/07/19/apuntes-sobre-redes-sociales>.
 - Paget, F. (2012). Hacktivism. El ciberespacio: nuevo medio de difusión de ideas políticas. Recuperado de: <http://www.mcafee.com/es/resources/white-papers/wp-hacktivism.pdf>
 - Paramio, L. (1999). Cambios sociales y desconfianza política: el problema de la agregación de preferencias. *Revista Española de Ciencia Política*, 1, 81-95.
 - Pérez Salazar, G., Aguilar Edwards, A. & Guillermo Archilla, M. E. (2014). El meme en Internet. Usos sociales, reinterpretación y significados a partir de *Harlem Shake*. En *Argumentos*, año 27, 75: 79-100. México: UAM-Xochimilco.
 - Pew Research Center (2015). Global Attitudes Spring 2015 Survey. Recuperado de: <http://www.pewresearch.org/methodology/international-survey-research/international-methodology/>
 - Pindado, F. (2010). La participación ciudadana, la vida de las ciudades. En Celaya Pérez, I., López Martín, F., Castel Gayán, S. & Gómez de Valenzuela, T. (coords.), *Participación ciudadana... para una Administración deliberativa* (119-147). Zaragoza: Gobierno de Aragón.
 - Rheingold, H. (2009). *Multitudes inteligentes (La próxima revolución social)*. Barcelona: Gedisa.
 - Riechmann, J. & Fernández Buey, F (1995). *Redes que dan libertad. Introducción a los nuevos movimientos sociales*. Barcelona: Paidós, Barcelona.
 - Roig Domínguez, G. (2004). Hackers: activismo político en la esfera tecnológica. Recuperado de: http://www.mujaresenred.net/zonaTIC/IMG/pdf/hackers_xevian.pdf
 - Sampedro, V. (2014). *El Cuarto Poder en Red*. Barcelona: Icaria.
 - Samuel, A. (2004). *Hacktivism y el futuro de la participación política* (Tesis Doctoral). Harvard University, Massachusetts.
 - Silva Machado, J. A. (2004). Movimientos Sociales y Activismo en Red. Trabajo presentado en el II Congreso On-line del Observatorio para la Cibersociedad. Barcelona. Recuperado de: http://www.forum-global.de/jm/art04-05/movimientos_sociales.htm
 - Tascón, M. & Quiintana, Y. (2012). *Ciberactivismo. Las nuevas revoluciones de las multitudes conectadas*. Madrid: Catarata.
 - Tirado, F. J. & Domènech, M. (2001). Extituciones: el poder y sus economías. *Política y Sociedad*, 36, Madrid, 191-204.
 - Ugarte, D. (2008). *El poder de las redes*. Recuperado de: http://deugarte.com/gomi/el_poder_de_las_redes.pdf

- Unicef (2014). Likes don't save lives (archivo vídeo). Recuperado de: https://www.youtube.com/watch?v=2_M0SDk3ZaM&feature=youtu.be
- Vegh, S. (2003). Classifying Forms of Online Activism. The Case of Cyberprotests against the World Bank. En McCaughey, M. & Ayers, M. D. (eds.), *Cyberactivism. Online Activism in Theory and Practice* (pp. 71-95). Nueva York: Routledge.
- Vicente, L. (2004). ¿Movimientos sociales en la Red? Los hacktivistas. *El Cotidiano*, 20 (126). Recuperado de: <http://www.redalyc.org/pdf/325/32512615.pdf>
- Vivero de Iniciativas Ciudadanas (2012, 21 noviembre). ¿Qué es una iniciativa ciudadana? Recuperado de: <http://viveroiniciativasciudadanas.net/2012/11/21/pero-que-es-una-iniciativa-ciudadana/>
- Wark, M. (2005). *Un manifiesto hacker*. Barcelona: Alpha Decay.
- Wray, S. (1998). Electronic Civil Disobedience and the World Wide Web of Hacktivism: A Mapping of Extraparliamentarian Direct Action Net Politics. Recuperado de: <http://nknu.pbworks.com/f/netaktivizam.pdf>